

Al ritmo de la oración

Oración de alabanza



Rossella Bignami

"Bendeciré al Señor en todo tiempo, su alabanza estará siempre en mis labios." (Salmo 34) ¿Cómo realizar este "siempre" de la alabanza que la Palabra nos invita? María nos lo sugiere.



i Cuántas veces, en el ritmo de nuestros días, llenos de compromisos, corridas cada vez más extenuantes, nos preguntamos cuánto de nuestro tiempo tenemos o podemos dedicarlo a la oración? ¿Cuántas veces nos hemos sentido incómodos, y hasta, culpables, de "dedicar tiempo" a la oración, como si estuviéramos descuidando nuestras responsabilidades familiares o el servicio a los demás?

La Palabra de Dios nos cuestiona continuamente: la invitación a orar siempre, sin cansarnos (cfr. Lc 18, 1), a lo que San Pablo hace eco: "Oren sin cesar. Den gracias a Dios en toda ocasión: esto es lo que Dios quiere de todos ustedes, en Cristo Jesús" (1 Tes 5, 17-18).

¿Es una exageración piadosa o Jesús realmente nos desafía a orar siempre? ¿Cómo es posible conciliar esto con las necesidades de la vida cotidiana?

Solo es posible si dejamos de considerar la oración como una de las muchas cosas que debemos hacer y necesitamos encontrar el tiempo para realizarla, y entonces comenzamos a vivir cada momento de la vida como una oración: como una alabanza que se eleva a Dios para glorificar su amor, como agradecimiento por habernos liberado de un peligro, por un regalo recibido inesperadamente, por una amistad que se revela en la necesidad; o como un pedido de ayuda, de luz, de curación, de perdón ...

¿Cómo sabemos si nuestra oración llega verdaderamente a Dios? San Maximiliano había encontrado un camino seguro: la Madre de Dios y nuestra. Su invitación es válida también hoy: "Acercarnos a Ella, hacernos semejantes a Ella, permitir que Ella tome posesión de nuestro corazón, de todo nuestro ser... que Ella misma ame a Dios con nuestro corazón. Pertenecerle a Ella sin restricción alguna: he aquí nuestro ideal" (EK 1210).

Recemos el Salmo 33 (32) con el corazón de María

Un guía dirige las invitaciones rituales a la asamblea: "Exulten", "Alaben", "Canten", "Aclamen" (1-3). La asamblea motiva la alabanza: "Porque la palabra del Señor es recta y Él obra siempre con lealtad" (4). El lector recuerda la obra creadora de Dios (5-7) y afirma que entre las vicisitudes de la historia, "el designio del Señor permanece para siempre y sus planes, a lo largo de las generaciones" (11), como María también canta en su Magnificat (cf. Lc 1,50). Por eso el guía proclama "bienaventurada", feliz, aquella familia, aquel pueblo, aquella nación que el Señor ha elegido y en Él reconoce a su Dios (12). Después de haber recordado que para nada sirven los medios, las potencias y las alianzas humanas (16 - 17) porque la salvación viene solo de Dios (18-19), la asamblea concluye expresando su propia confianza, su gozo y su esperanza (20-22).

Intentá leer y rezar este salmo en tu familia, en tu grupo de amigos o en la parroquia, rezándolo en coros alternados para que el contenido y la dinámica del texto se destaquen mejor. Hacé tuya la actitud de alabanza y exultación de María en la casa de Isabel, cantá y alabá al Señor por la fidelidad de su amor y la ternura con la que cuida a todas sus criaturas, especialmente a aquellas que en Él han puesto su confianza y esperan en su misericordia ■